

## De Balmes al Ecumenismo de hoy

Cuando me fue dirigida la amable y muy honrosa invitación de hablar en Balmesiana, pensé en seguida en el ilustre filósofo y teólogo que ha dado el nombre a esta Institución, y particularmente en su obra *El Protestantismo comparado con el Catolicismo*. Hoy nos encontramos en pleno movimiento ecuménico; este movimiento que tiende a hacer colaborar a todas las Iglesias y comunidades eclesiales cristianas en la restauración de la unidad perdida. Católicos y Protestantes se consideran como hermanos, todavía separados, pero que trabajan juntos para unirse. Se han puesto a dialogar. En tiempo de Balmes el clima era muy diferente. Era el tiempo de la controversia, de la polémica y puede decirse, de la guerra.

Balmes emprendía una guerra defensiva. Véase cómo al final de su obra declara su intención: «El temor de que se introdujera en mi patria el cisma religioso, la vista de los esfuerzos que se hacían para inculcarnos los errores de los protestantes, la lectura de algunos escritos en que se establecía que la falsa reforma era favorable al progreso de las naciones, todas estas causas reunidas me inspiraron la idea de trabajar una obra en que demostrase que ni el individuo ni la sociedad nada le debían al protestantismo bajo el aspecto religioso, bajo el social, bajo el político y literario» (BAC, 48, p. 767). Se daba cuenta de las dificultades, pero puso las manos en la obra con el ardor que le inspiraron el amor de la verdad y la certeza de que defendía su propia causa.

Me ha parecido de gran interés ver, por una parte, cómo se ha pasado de la lucha al diálogo, y por otra, si el esfuerzo del controversista catalán logró resultados valederos todavía en nuestros días.

\* \* \*

El filósofo Balmes se propone en primer lugar conocer las causas de este gran hecho del protestantismo, cuyas consecuencias han sido tan graves y siguen todavía en vigor. No se detiene en la persona de los Reformadores. Según su parecer, Lutero, Calvino, Zuinglio,

Enrique VIII tienen su responsabilidad sin duda en el nacimiento del cisma; pero ellos no han sido más que los instrumentos, libres sin duda, de causas más generales y más poderosas, las únicas que explican la rapidez y la extensión del éxito de la herejía. La causa más profunda es la repugnancia que los hombres experimentan naturalmente a someter su espíritu y su conducta a una autoridad. Apenas aparece la posibilidad de escapar a este control, que parece una servidumbre: la tentación de librarse resulta demasiado fuerte para muchos hombres. La rebelión empezada en Alemania se extendió como un reguero de pólvora. Al mismo tiempo fue favorecida por la facilidad mucho mayor de comunicaciones que se produjo al fin de la edad media, no sólo por el mejoramiento de los caminos y por la difusión de una lengua en común, el latín; sino también y sobre todo por el reciente invento de la imprenta.

Las causas internas, o por mejor decir, la esencia del protestantismo, ¿cómo definirla? No puede ser cuestión de una doctrina positiva, constante, determinada. Lo que sorprende a Balmes, como a Bossuet a quien admira, es la variedad y la movilidad de opiniones en el protestantismo, de donde ha surgido la multitud de confesiones y de comunidades. Y remontándose al principio de este pluralismo consubstancial, lo halla en el libre examen, que permite al individuo confiarse a su propia razón o al Espíritu Santo, como él cree entender, y formarse así sus creencias. La única unidad que queda posible es rechazar la sumisión a una autoridad exterior.

Balmes empieza entonces una larga comparación entre las dos religiones. Con una elocuencia irresistible demuestra qué catástrofe sería para España la pérdida de su unidad religiosa, la negación de su glorioso pasado histórico y el deslizamiento inevitable desde entonces, o hacia el indiferentismo o, mucho más probablemente en España, hacia la guerra religiosa. Pero él pretende hacer una demostración más universal. Quiere responder a la tesis del protestante Guizot, que en su historia ha presentado la Reforma como un principio de progreso para la civilización y propone con las siguientes palabras el problema de que se va a ocupar: «Comparados el catolicismo y el protestantismo, ¿cuál de los dos es más conducente para la verdadera libertad, para el verdadero adelanto de los pueblos, para la causa de la civilización?» No vamos a seguirlo en su sabia y calurosa demostración. Lo que dice de los beneficios del catolicismo en favor del progreso humano y para el bienestar de los pueblos entraña una verdad permanente y debería ser conocido por todos los apologistas serios. Constituye ésta una gran parte de la obra. La parte propiamente polémica, en la que defiende al catolicismo contra los injustos ataques es siempre útil consultarla. Pero lo que dice directamente contra el protestantismo, si Balmes viviera en nuestros días, sería ciertamente muy modificado. El tono se haría fraterno, los juicios manifestarían más comprensión y las conclusiones más equidad. El protestantismo ya no aparecería simplemente como un peligro inmi-

nente que hay que alejar, sino como una comunidad de cristianos en los que reconocemos, en medio de errores que se han de corregir, importantes certezas comunes y una sincera voluntad de progresar juntamente hacia la unidad de la fe.

### *Los movimientos unionistas*

Al mismo tiempo que el polemista catalán trabajaba en su gran obra para la defensa de la fe católica, maduraba en Inglaterra un gran acontecimiento, que poco a poco iba a transformar — al menos según mi parecer — las relaciones entre los católicos y sus hermanos separados, hasta llegar al diálogo ecuménico de nuestro tiempo. La historia de este gran cambio es lo que ahora quisiéramos resumir y tratar de entender.

En efecto, allá por los años 40 del siglo XIX, el movimiento de Oxford, de Pusey y de Newman tomaban un nuevo giro. Una parte importante de una Iglesia separada quiso revisar su propia legitimidad. Newman se pasó a la Iglesia romana en 1845, al paso que Pusey formaba el grupo llamado anglo-católico, que se adhería a los elementos católicos del anglicanismo, en el cual, entre otros pioneros, apareció hacia final de siglo un ardiente apóstol de la reunión, Lord Halifax. Este y su amigo el abate Portal ejercieron una real influencia sobre el Papa León XIII, el cual emprendió en realidad el diálogo con los anglicanos y con los ortodoxos. Este gran Papa llegó a declarar en una de sus encíclicas (*Divinum illius munus*) que uno de los dos principales fines de su pontificado era la reconciliación de los cristianos. Poco después de la muerte de León XIII, un ministro anglicano (episcopaliano, como se dice en América), Pablo Wattson, empezó en 1908 a propagar la idea de una semana de oraciones, del 18 al 25 de enero, para la unión de su Iglesia con la de Roma.

La cumbre de la actividad de Lord Halifax y de su amigo el Padre Portal fue coronada con las Conversaciones de Malinas, bajo la égida del cardenal Mercier, aprobado a su vez por Pío XI. Pero nos hallamos después de 1920 y para entonces ya había sido lanzado otro movimiento más universal con el nombre de «Movimiento ecuménico».

En 1910 se había tenido en Edimburgo una conferencia de misioneros protestantes para un mejor entendimiento en las misiones. Un obispo anglicano (episcopaliano), Carlos Brent, tuvo entonces la inspiración, la «visión», como él decía, de una reunión más vasta para un entendimiento más general. Al efecto propuso reunir una Conferencia de todas las comunidades cristianas para restablecer la unidad. Puso manos en la obra, halló fervientes cooperadores y tuvo el gozo de presidir en Lausana, el año 1927, después de largos años de esfuerzos, la primera conferencia mundial de su movimiento «Fe y Orden». Los protestantes estuvieron ampliamente representados en ella, y ya había un grupo de Ortodoxos. La Iglesia católica había sido

invitada, pero el Papa Benedicto XV, al paso que alentaba este movimiento, declaró que no podía tomar parte en él. La Iglesia, en efecto, consciente de ser la verdadera Iglesia de Cristo, no podía ni buscar ni parecer que buscaba la Iglesia y su unidad.

Un obispo sueco, Söderblom, había fundado por su parte un movimiento parecido al de Brent, pero menos preocupado por la doctrina, titulado «Vida y Acción». También él había reunido una conferencia mundial, el año 1925, en Estocolmo. Los dos movimientos comprendieron que no podían estar separados, que la doctrina y la acción se compenetraban, y llegaron a juntarse. Esta unión fue consagrada después de la segunda Guerra Mundial por la creación del Consejo Mundial de las Iglesias en la Asamblea de Amsterdam, en 1948. Estas Iglesias eran entonces 150 y sólo contaban con unos pocos Ortodoxos. Hoy, son 231 y representan a casi todo el mundo protestante y a casi toda la Ortodoxia; lo cual quiere decir que esta institución agrupa la gran mayoría del cristianismo no romano. El Consejo ecuménico no sólo tiene gran poder por el número de Iglesias que se le han adherido, sino más aún por su organización, sus recursos, su actividad. Con sus Asambleas que reúne cada seis años, tenidas hasta la fecha en Amsterdam, Evanston y Nueva Delhi (la cuarta tendrá lugar el año próximo en Upsala), con su Comité central de 100 miembros que asume la dirección del Consejo entre una Asamblea y otra, con sus secciones subdivididas en comisiones permanentes y completadas por comisiones temporales, con la amplitud y las comodidades de su instalación central en Ginebra, el Consejo ecuménico de las Iglesias es una de las instituciones más considerables de nuestro tiempo.

Pero, ¿qué ocurría en la Iglesia católica durante este esfuerzo de los no católicos cristianos hacia la unidad? Ciertamente, también en ella había viva solicitud por la unidad cristiana. Había existido siempre, aun cuando para reencontrarla o incluso conservarla, se contaba, como Balmes, con la polémica. El deseo de una unidad había inspirado a veces negociaciones pacíficas, no sólo en un pasado lejano, entre Bossuet y Leibnitz, sino muy recientemente con León XIII, Wattson y el cardenal Mercier. El cambio que se operaba entre los cristianos separados de la Sede Apostólica, y los llevaba a mostrarse entristecidos por la separación y deseosos de la unión, no podía menos de regocijar a todo corazón católico. Benedicto XV manifestó su satisfacción por el movimiento ecuménico y lo alabó, si bien manifestó también por qué no podía formar parte de la organización incipiente. Pío XI, que había aprobado las Conversaciones de Malinas, añadió a las razones de su predecesor, que las Iglesias separadas buscaban la unidad de una manera llamada al fracaso, ya que pretendían permanecer en sus propias convicciones. Sin embargo, como desde fuera, se observaban los progresos del movimiento. Algunos teólogos católicos comprendieron la importancia de esta agrupación de comunidades cristianas y el nuevo espíritu que suponía. Dom Beauduin fundó, para

interesarse por él, el monasterio de Amay, hoy en Chevetogne; el P. Congar escribió sus *Chrétiens désunis*; el abate Couturier universalizó la Semana de oración inaugurada por el Padre Pablo Wattson. Se formaron asociaciones para ayudar al Movimiento ecuménico. *Unitas* fue fundada tres años antes de la creación del Consejo ecuménico de las Iglesias. Los ecumenistas se reunieron en una *Conferencia católica para las cuestiones ecuménicas*, de la que fue elegido presidente Monseñor Willebrands, hoy secretario del Secretariado para la unión de los cristianos. En fin y sobre todo, sobrevino en la Iglesia una verdadera explosión de entusiasmo ecuménico con la aparición del Papa Juan XXIII en la Sede de San Pedro. Los acontecimientos se precipitaron casi desde el principio: el anuncio del Concilio, la creación del Secretariado para la unidad de los cristianos con el cardenal Bea como Presidente, la venida de los observadores a las cuatro sesiones del Vaticano II, la atención prestada por los Padres conciliares a los problemas ecuménicos y finalmente el Decreto con el que la Iglesia entra oficialmente, no en el Consejo mundial de las Iglesias, sino en el movimiento ecuménico, de acuerdo con el Concilio.

Como se ve, el paso al ecumenismo se dio a medida que los cristianos tomaron conciencia de las razones que les asisten para estimarse y amarse, a pesar de encontrarse en comunidades diferentes por las vicisitudes de la historia, y sin que ellos mismos hayan decidido. Un cristiano propiamente dicho cree en la divinidad de Cristo. Pero esto incluye la fe en los grandes misterios de la fe: Santísima Trinidad, Encarnación y Redención. En un mundo en el que la irreligión e incluso la profesión del ateísmo lo han invadido todo, los que adoran a Cristo son bien diferentes de los otros y muy parecidos entre sí.

Esta parte de la herencia cristiana, conservada en diversos grados por los Ortodoxos, los Anglicanos, los Reformadores, es la que funda y legitima el ecumenismo. No es por causa de estos bienes positivos, que son dones de Cristo, el hecho de que haya separaciones, sino sólo por causa de las negaciones que las acompañan. De este modo es natural que un católico experimente un sentimiento de gozo al pensar que un protestante consagra su vida a Cristo, o que un Ortodoxo consagra la verdadera eucaristía, o que un monje del Monte Athos se santifica con la oración y el trabajo. Cuanto más cerca de sí los ve, más feliz se siente, pero también sufre más por la separación, desea más la perfecta comunión de todos.

Estos sentimientos adquieren un grado muy particular cuando se trata de los hermanos separados de Oriente. Pío XI dijo estas bellas palabras: «Los bloques desgajados de una roca aurífera, también ellos son auríferos. Las venerables cristiandades orientales conservan tal venerable santidad de cosas que merecen no sólo el respeto, sino también toda la simpatía». (*Disc. univ.* 1932, p. 28.)

El desarrollo del ecumenismo ha traído una distinción que los

mismos Soberanos Pontífices, Juan XXIII y Pablo VI, ponen de relieve. Los cristianos, por causa de los bienes de Cristo que poseen en común, y al menos por razón del sacramento del bautismo, ya tienen entre sí una unidad real, aunque imperfecta. Tendrán la unidad perfecta cuando tengan la misma fe, el mismo culto y el mismo régimen. De esto se sigue que hay como dos grados en el ecumenismo. El primero consiste en vivir entre cristianos según lo que pide la unidad imperfecta que ya se posee. Esta unidad basta para reconocerse como hermanos, estimarse, orar juntamente, cooperar en las obras comunes. Se puede afirmar que este grado es alcanzado por muchos ecumenistas, pero no ciertamente todavía por la generalidad de los cristianos. Puede, además, existir según diversas intensidades. Así, pues, hay cristianos que se interesan por el ecumenismo, que miran la realización de este grado como una preciosa conquista, se resignan a contentarse con ella, no piensan sino en formar una federación más o menos estrecha y renuncian a la esperanza de llegar a la unidad visible de la Iglesia.

Sin embargo, el movimiento ecuménico había emprendido una marcha más audaz. La visión de Carlos Brent, la idea misma del movimiento ecuménico, era ciertamente la de una Iglesia visiblemente una. El Decreto conciliar sobre el ecumenismo le señala explícitamente como fin la reconciliación de la unidad de todos los cristianos. El obispo anglicano Oliver Tomkins, representante escuchado de *Fe y Orden*, ha recordado más de una vez que no podemos pararnos en una simple federación. Los hermanos de Taizé proclaman muy alto que hay que realizar la unidad visible.

Se podrá sin duda distinguir todavía mucho tiempo entre estos dos tipos de ecumenismo: los unos satisfechos con la unidad lograda y solícitos sobre todo por conservarla y manifestarla; los otros tendiendo con todas sus fuerzas al advenimiento de la unidad perfecta y considerando los progresos conseguidos como un motivo de aliento y un acicate para avanzar hasta el fin. Lo que para los primeros es un muro que detiene definitivamente, para los segundos no es más que un obstáculo que se ha de superar y ellos confían conseguirlo.

Todo parece dar la razón a los ecumenistas más audaces. Para un cristiano, la voluntad de Cristo, expresada en la oración insistente que dirigió a su Padre después de la última cena, debe bastar para arrastrarlo. La unidad que Jesucristo pidió para sus Apóstoles y para todos los que creyesen en El, no era una unidad federativa, sino una unidad tal que hace de todos una sola cosa y que tiene por ideal la misma unidad de la Trinidad Santa. ¿Cómo un católico, que cree que en su Iglesia se halla la plenitud de los dones y de la gracia de Cristo no iba a estar deseoso de que esta abundancia se extienda a todos sus hermanos cristianos que ha aprendido a conocer y amar? Y si queremos ganar para la fe cristiana a los dos mil millones de no cristianos que viven en el planeta, hay que seguir la forma indicada por el Evangelio: ser *uno* a fin de que el mundo crea.

Como quiera que sea, es una realidad que hoy los cristianos — se puede decir, moralmente todos los cristianos —, están de acuerdo en deplorar las divisiones y desear la unidad, y son muchos los que trabajan para realizarla al menos en cierto grado. Vivimos en una nueva atmósfera. En vez de huir, nos acercamos; en vez de polemizar, conversamos dialogando; en lugar de luchar como enemigos, nos buscamos como hermanos.

Pero este gran cambio no se ha obtenido por medio de un fácil compromiso, ni por un enfriamiento en el amor de la verdad. Las condiciones de nuestro tiempo nos han permitido, por el contrario considerar más una verdad, la de la fraternidad real de todos los que creen en los principales misterios cristianos y adoran a Cristo. El ecumenismo no es una creación de cristianos anémicos. Ha nacido y vive del progreso en la fe. La razón de simpatizar con cualquiera que cree en las mismas verdades y recibe los mismos sacramentos, es porque cree ardientemente en las verdades cristianas y en los sacramentos de Cristo. Cuanto más se acostumbra uno a pensar en la Trinidad, a admirar la profundidad de este misterio, a meditar lo que él sugiere de la grandeza y de la felicidad de Dios vivo, tanto más se siente hermano de quien confiese al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo en un mundo que parece olvidar la suprema realidad de Dios. Se ama más a Cristo, se gusta más de su evangelio, se besa más su cruz y se sentirá más cerca de cualquiera que le ama sinceramente y vive de su doctrina.

La fidelidad, sin embargo, no quiere decir inmovilismo. Invitar a la unidad es invitar a guardar la verdad que une y a dejar el error que divide. La Iglesia católica se ha examinado a sí misma durante el Concilio Vaticano II. Ha pensado constantemente en las otras confesiones cristianas en presencia de los delegados enviados por las mismas. Cuando ha sido posible sin lastimar la verdad, ha modificado aquí una manera de proceder, allí determinado modo de expresarse para acercarse a las costumbres o a las preferencias de los hermanos separados. Aquello que no se puede cambiar por estar fundado en la palabra divina, se ha esforzado por explicarlo, esclarecerlo, justificarlo. A sus mismos hijos les pide que cambien y crezcan en el amor de Dios y de los hombres, porque sabe bien que la unidad no será menos el fruto de la caridad que de la verdad.

\* \* \*

Si Balmes viviera en nuestros días, guardaría en el corazón el mismo amor a la Iglesia católica, la misma satisfacción por la aportación del catolicismo a la historia de la civilización, el mismo deseo de ver a su amada patria conservando la unidad de su fe. Pero también comprendería las razones del cambio que se ha efectuado en la Iglesia, y se regocijaría de la existencia del movimiento ecuménico y de los resultados que este movimiento ya lleva conseguidos.

Con su buena inteligencia y su fe ilustrada reconocería la acción del Espíritu Santo. Se apresuraría a hacer suyos los actuales sentimientos de la Iglesia, él que humildemente sometía su obra al sucesor de Pedro, con estas palabras que me complazco en citar: «Sujeto toda la obra al juicio de la Iglesia católica, apostólica, romana; y desde el momento que el Sumo Pontífice y Vicario de Jesucristo sobre la tierra, hablase contra alguna de mis opiniones, me apresuraría a declarar que la tengo por errada y ceso de profesarla». ¡Balmes era verdaderamente católico!

CHARLES BOYER, S. I.

*Pontificia Universidad Gregoriana.*  
*Roma.*

(Trad.: IGNACIO FARRERES).